

Ensayo

Del miedo a morir

José M^a Rodríguez Tejerina

*No todo moriré.
(Non omnis moriar)
Horacio*

El miedo a la muerte. el temor, sin nombre, a lo desconocido. un interrogante sin respuesta indudable que late en el fondo de nuestra conciencia. Con el fenecer del cuerpo, ¿termina eternamente la vida humana?

Angustiosa pregunta que se hacen los mortales desde el comienzo del mundo. Testimonios de esa desazonante inquietud se hallan en muchos utópicos y muy remotos ritos funerarios y en los textos sagrados más arcaicos.

La angustia existencial.

Fue la duda que atormentó en sus últimos años, a fines del siglo XIII, a san Alberto Magno y sintetizó en una escueta frase. *Numquid durabo. ¿Duraré?*

La incertidumbre que desasosegaba, en nuestros días, a un viejo profesor, aquejado de una neoplasia maligna, en la novela de Solzhenistyn, *Pabellón de cáncer*. "¿Quedará algún minúsculo fragmento de mi alma en el *espíritu universal?*"

Siempre el mismo anhelo de perdurar después del tránsito supremo. Y el terror de no saber qué va a ser de uno después de la muerte. la falta de la "esperanza genuina", rotunda, trascendente, de Gabriel Marcel. Esa esperanza que sólo se nutre con las piadosas doctrinas de las más diversas religiones.

La angustia existencial, en fin, de tantos filósofos y, entre ellos, nuestro Una-

munio. Don Miguel de Unamuno y Jugo, paradójico, existencialista, admirador de Sören Kierkegard, nos comunica en su novela autobiográfica, *San Miguel Bueno mártir*.

- "¡Qué ganas tengo de morir, dormir sin fin, dormir para toda la eternidad y sin soñar!"

Aunque, contradictoriamente, le invada, de continuo, un vehemente deseo de lucha; el ansia de sobrevivir, "luego". Un afán de inmortalidad.

Creía el rebelde rector vasco que la muerte le sobrevendría de noche. Mas, "desnació", vulgarmente, una tarde de invierno, el 31 de diciembre de 1936; en su hogar de Salamanca, después de almorzar, mientras dormitaba sentado al calor del brasero de la mesa camilla.

*Vendrá de noche. Vendrá de noche,
cuando todo duerme;
cuando el alma enferma se emboza en
vida...*

Había predicho, equivocadamente, don Miguel.

Tampoco acertó en el vaticinio de su muerte Miguel Hernández. Joven y revolucionario, temía que la muerte, "tan sencilla", no supiera "andar despacio". Y, le acuchillara "turbiamente", un día cualquiera. Murió Miguel, el poeta del pueblo, en la cárcel de Alicante, tísico, abandonado, tras una larga agonía. Solo. Con los ojos muy abiertos.

Mort certa, hora incerta, la dialéctica de la muerte. Porque el hombre sabe que tiene que morir. Pero no conoce cuándo, ni cómo.

*...la muerte, un fin necesario,
llegará cuando llegue.*

Hace exclamar Shakespeare a Julio César. Y, Robert Burns nos recuerda, asimismo, que, "la muerte rara vez, o nunca, se presenta de acuerdo con nuestros planes, o incluso nuestra esperanzas".

Únicamente las situaciones-límites como una enfermedad terminal, evocan con certeza el sentimiento de una muerte

próxima. Las enfermedades muy graves; el cáncer, el sida, algunas otras, según Lemberg, despiertan, acuciantes, la vivencia de la muerte.

En los recordatorios de su fallecimiento y en el epitafio de su tumba, que el mismo Unamuno había redactado, aparecen estos versos, ásperos, muy bellos:

*Méteme Padre Eterno, en tu pecho,
misterioso hogar.
Dormiré allí, pues vengo deshecho
del duro bregar.*

La razón de vivir.

¿Bregar? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Por la fama, lenitivo que suplanta la seguridad de un más allá? ¿Por el hombre? ¿Por crear y que perviva, al menos efímeramente, nuestro recuerdo cuando nos vayamos?

Luchar contra la Nada, que es peor que el Infierno.

Refleja Unamuno en su pensamiento el pesimismo existencial del hombre griego. Al que definió Schopenhauer como "situado en la afirmación de la voluntad y, sin embargo, profundamente impresionado por la miseria de la existencia". La repulsa, fatalista, ante un hecho absurdo: existir. "El hombre es una pasión inútil", dirá Sartre, años después.

Shakespeare, de nuevo, por boca de Macbeth, define así la existencia humana: "¿Qué es la vida sino una sombra, un histrión que pasa por el teatro, y a quien se olvida después, o la vana y ruidosa fábula de un necio?"

Todo hombre es un moribundo, afirma-ba Marco Aurelio.

Se asombra Calderón en "*La vida es sueño*":

"¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción; y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son".

Ya en nuestros días la vida es, para la doctora Kübler-Ross, una especie de tarta

dividida en cuatro cuadrantes; el físico, el emocional, el intelectual; y el espiritual o intuitivo que nos conduce a Dios.

Asegura Hesódo en su filosofía faústica que, solamente brilla en el mundo, entre las tinieblas de la Vida, el quehacer intenso; el trabajo exhaustivo; y el amor; y los sueños, añade Cela.

La falta de amor acelera la aparición de la Muerte. Versificó Antonio Machado:

*Sé que voy a morir
porque no amo ya nada.*

El trabajo vocacional, como dice Voltaire en *Cándido*, "aleja de nosotros tres grandes males: el tedio, el vicio y la miseria".

Que, "Dios nos vende todos los bienes a cambio de trabajo", sentenció Epicarno.

Don Gregorio Marañón aúna el trabajo a la creatividad; y a los ensueños:

*Vivir no es sólo existir
sino existir y crear
y no dormir sin soñar,
descansar... es empezar a morir.*

La muerte de Sócrates.

Hay que retornar, una y otra vez, a los antiguos filósofos griegos. Entre ellos a dos excelsos: Sócrates y Platón.

Con Platón, tal vez, se comienza a confirmar, especulativamente, que el hombre es un compuesto de alma y cuerpo. De *psiqué* y de *soma*. Platón, en uno de sus *Diálogos*, en el *Fedón o la inmortalidad del alma*, nos habla de Sócrates, su maestro, un anciano de setenta y un años. Relata sus horas postreras, un atardecer, antes de beberse la cicuta prescrita por los jueces, y que iba a conducirlo a la muerte física, en una oscura celda de la Prisión del Pórtico.

Sócrates está sentado en el borde de su angosto lecho. Recién despojado de las cadenas se frota, gozoso, el tobillo donde estuvieron puestos los grilletes.

Medita que, el dolor y el placer, aunque antitéticos, son dos sentimientos que van siempre unidos.

Al enigmático Sócrates, "el más sabio y justo de todos los hombres", de menguada estatura, obeso, de muy feo pero seductor rostro, le rodean sus discípulos. Al principio sólo Echeocrates y Fedón. Enseguida otros más: Critón y su hijo Apolodoros, Ceber y Simmias -dos jóvenes descreídos-, Xantipa la desagradable esposa, con sus desgarrados lamentos, un niño en brazos, a la que logran expulsar del calabozo; alguno más. Platón no está, se encuentra enfermo aquél señalado día.

A poco llega un esclavo, un sirviente de los Once. los magistrados encargados de la policía de las cárceles y de la ejecución de las sentencias. Trae el veneno en una copa. Sócrates le pregunta cómo debe beberlo:

- De un sólo trago sin hacer libaciones. Y, enseguida, ponerse a caminar, para que el tóxico se extienda por todo el organismo.

- Después notarás te pesan las piernas y deberás acostarte.

Así lo hace, obediente, el filósofo. Se acuesta, luego de andar unos minutos por la celda, y el esclavo le oprime las piernas, y el vientre; y comprueba que el cuerpo se hiela y vuelve rígido.

- Cuando el frío te llegue al corazón -le anuncia- morirás.

Critón, entre sollozos, pregunta al condenado su última voluntad; Sócrates descubre su rostro, que se había tapado con la túnica. Habla queda, devotamente:

- Debemos un gallo a Asclepio, no te olvides de pagar la deuda.

- Lo haré -responde Critón-. Pero piensa si no tienes nada más que decirme.

- Nada.

Un momento más tarde se estremece ligeramente y muere. Permanece con la mirada fija. Critón le cierra los ojos y la boca.

Describiré Fedón, pasados unos días, a Echeocrates de Filonte, los últimos momentos de existencia de Sócrates, en la penumbra melancólica de aquél siniestro calabozo. Murió, le cuenta, "con una insultante mansedumbre", "con una tranquilidad perfecta". Con un sosiego, ausencia de emociones, impasibilidad, que tanto recuerda la *ataraxia* de los sabios escépticos, epicúreos o estoicos. Con una sonrisa en los labios. Convencido que, tras la muerte corporal, su alma sobreviviría, ascendería al Hades, allá donde se castigan las penas de los espíritus impuros. Porque el alma, lo cree fervientemente, es inmortal. Es el aliento de la vida de los pensadores de la Grecia de antaño: de Pitágoras, de Heráclito. Pitágoras intuía que el alma, tras permanecer en los Infiernos, retornaba a la tierra para restablecer su existencia.

Sócrates justifica su fe en la inmortalidad del alma. La razona, *logos*, analiza tan consoladora hipótesis. La eleva a la categoría de *mito*. No se atreve a considerar, siquiera, que el Hades sea, solamente, un ensueño falaz.

Su certeza en la supervivencia del alma al cuerpo, afirma, se basa en la reminiscencia, los contrarios, la preexistencia; la continuidad de las ideas por sí mismas. Es el *idealismo* de la razón, frente al *materialismo*. Sólo la razón proporciona conocimientos seguros. Dualidad entre el cuerpo y el alma que tanto preocupará, años después, a Leibniz, Descartes, Spinoza.

La muerte de Sócrates constituye una elocuente lección de serenidad y esperanza.

Las cárceles del alma.

Es sorprendente que las dos muertes más significativas de las Historia, la de Sócrates y la de Jesucristo, hayan sido interpretadas por dos célebres cronistas, Platón y san Pablo que, no fueron testigos directos de las mismas.

Platón, se hallaba enfermo, en cama, aquél día y no pudo estar junto a su maestro. Pablo de Tarso, no llegó nunca a conocer, tan siquiera, al Cristo. Fue tocado, tardíamente, por la voz y la gracia del Señor, años después de la Crucifixión, en el milagroso camino de Damasco.

Platón, al igual que Sócrates, creía que el alma, amén de inmortal, es invisible y se encuentra prisionera dentro del *soma*, el corrupto cuerpo humano, del que pugna por escapar lo antes posible:

- "Deseo ser desatado y morir en Cristo", dirá san Pablo:

*Cuando será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo...*

Escribirá siglos más tarde, fray Luis de León.

Fue el delirante deseo de los místicos españoles: san Juan de la Cruz, santa Teresa de Jesús. *Del agua de la vida* -dirá el primero- *mi alma tuvo sed insaciable: deseé la salida del cuerpo miserable/ para beber de este agua perdurable.*

Y, la santa de Avila, repetirá, una y otra vez:

*Esta vida que yo vivo
es privación del vivir:
y así es como morir
hasta que viva contigo:
oye mi Dios, lo que digo:
que esta vida no la quiero,
que muero porque no muero.*

Es el anhelado día de "nacer para la vida eterna", de fray Alonso de Madrid. "Bienvenida sea la hermana Muerte", escribió san Francisco de Asís.

Dice el Beato d'Orozco que, puede temerse a la muerte, o recibirla con paciencia, sin deseirla. Pero los más perfectos la desean. Es la muerte deseada, saboreada, de los místicos cristianos antes citados. Y de los yoguis budistas, que aspiran a ser absorbidos por el Nirvana; y de los sufíes persas.

Generosamente, en una obra dramática de Jean Giradoux, Júpiter ofrece a

Alcmene, una mujer joven, la inmortalidad. Alcmene la rehusa. No teme a la muerte, que tan gran reposo da a nuestras fatigas y a las mezquinas angustias que nos asaltan. Antonio Porchia manifiesta idéntica opinión en un conocido epigrama:

*Creo que el alma está hecha de sufrimientos,
puesto que el alma que cura sus sufrimientos muere.*

Erica Jong abunda en la misma tesis: "Si conviertes tu vida en una larga enfermedad, no hay más curación que la muerte".

"La visita de la muerte debe ser tan bienhechora como la del sueño", concluye Maeterlink.

La saciedad de la vida induciría a ese renunciamiento. Luego de una tempestad que cuesta la vida, como a Oliverio Cromwell, o se extingue cual una antorcha, cansada, ahita de sí; como quería Federico Nietzsche.

Dice Séneca que la vida "es un breve paréntesis entre dos nadas; de uno vine, a otra me voy". Y la muerte: es volver a ser lo que éramos antes de nacer.

Un merecido desnacer

La turbación que causa el pensamiento de la muerte, el enigma de la ultratumba, de la *terra incógnita*, se transforma en una agonía plena de inexplicables delicias en la que se "siente morir para todo lo de éste mundo y se anhela arrojarse en el goce de Dios", asegura Santa Teresa. Los virtuosos de la muerte abandonan la vida sin ninguna amargura, como Erasistrato, Zenón, el tantas veces citado Sócrates, Séneca, Cornelio, Rufo, Calano, Cleopatra, Aníbal.

El arrobamiento *inefable* de morir. El *éxtasis* de los posesos de la Edad Media, atiborrados de L.S.D., al ingerir pan de centeno contaminado por el cornezuelo. Los transportes estáticos de los histéricos,

sumergidos en un ensueño delicioso. Extasis sin Dios, profanos, parecidos también a los originados en los paraísos artificiales, obtenidos merced al uso de distintas drogas. la *mímesis de la muerte*. El deseo de morir de los amantes, de saltar la valla del cuerpo y fundirse en una felicidad única, infinita; en el "amor verdadero y potente" que cantara Leopardi en *Amor y Muerte*.

Mas, otras veces, el afán de morir se halla frenado por el terror religioso al Infierno. Es curioso constatar que, este horror a caer en las llamas del Averno, puede ser superado por el deseo de una perenne juventud, como Fausto, O el de triunfar como escritor. Ramón Lull, cuando su crisis espiritual de Génova en 1292, eligió, en su lecho de enfermo, que su obra literaria no pereciera, y sus libros triunfasen eternamente. y prefirió hacerse franciscano, aunque su alma fuera condenada al fuego eterno; rechazó convertirse en un fraile dominico. Y es que, según Platón, hay tres clases de alma. la superior, *nous*, que habita en el cerebro, dentro del cráneo, que es redondo como un *mikro kosmos*. La sensible, *thymós*, ubicada en el corazón. Y, la vegetativa, *epithimis*, que se esconde en las entrañas vegetativas, lujuriosas, del vientre.

Estas tres almas están enlazadas entre sí por el *myelós*, la médula ósea, contenida en el interior de los huesos. Una substancia blanda que es "el lazo de la vida", "el río en que fondea el ancla del alma".

Es sobrecogedor observar que, con injertos de médula ósea se curan hoy muchos cánceres de la sangre; el mieloma múltiple y varias suertes de leucemias.

La muerte física, en fin, sería mera apariencia. Algo carente de gravedad, fiel consecuencia de nuestra trayectoria vital. Es la hipótesis de Rainer María Rilke: "Cada persona sufre la muerte que le corresponde":

¡Oh Señor, da a cada uno su propia muerte!

Aquella que dimana de la vida, en la que conoció amor, sentido y desesperación!".

Los verdaderos filósofos laboran para bien morir y la muerte no les parece terrible, sino un trance planeado cuidadosamente a lo largo de su existencia; que debe aceptarse con alegría. "La alegría del cisne moribundo", de canto arrogante. (Pero, ¿cantan los cisnes?)

Para los filósofos epicúreos la muerte ni siquiera existe. "La muerte no nos concierne -dijo Epicuro- pues mientras existimos la muerte no está presente. Y, cuando llega, nosotros ya no existimos". "Muerte, no eres un mal", reza una vieja divisa estoica. Solamente es un mal cuando se cierne en torno a uno y hace desaparecer a nuestros seres más queridos. Pero la muerte *absoluta*, la de uno mismo, puede incluso ser un privilegio. Sobre todo si nos alcanza de manera súbita. como deseo y logró Julio César: *Subitam celebremque*.

Dormir eternamente.

El tránsito a la muerte, afirma optimista Novoa Santos, es siempre placentero, aun en la agonía que parece más aparatosa a cuantos la presencian. Nos recoge la muerte, 'como una novia, mansa y suave'. "Morir es el placer más grande que nos aguarda", cree, también, la doctora Kübler-Ross.

William Osler, en una conferencia que pronunció en Harvard, en 1904, sobre la inmortalidad del alma, presentó 500 fichas de agonizantes. En la mayoría de ellos la muerte fue placentera. Una combinación de "sueño y olvido". Lewis Thomas opinaba igual. Solamente había visto una muerte agónica en un afecto de rabia. En muchas ocasiones la pulmonía, "la amiga de los ancianos" fue la causa última del deceso.

Sharvin H. Nuland, en un libro reciente, *Cómo morimos*, no comparte, en absoluto, estas benignas hipótesis.

En su efímera agonía, el 22 de marzo de 1832, Goethe piensa que ha comenzado ya la primavera y podrá reponerse muy pronto. “¡Luz, más luz! ¡La oscuridad es desagradable!” (Gibt mir, die Dunckesheit is unangenehm).

Una frase que, quizás, nunca pronunciara.

Antes de la muerte definitiva de las neuronas cerebrales, en los últimos instantes de la agonía emiten las células del hipotálamo sus postreras impresiones, tal vez placenteras, pues dan lugar a unos destellos sensitivos gozosos. Recordemos que los ahorcados experimentan un orgasmo, eyaculan incluso, como también determinados suicidas. Sensaciones agradables descritas, poéticamente, desde hace muchos años, por vates y filósofos. Leconte de Lisle las refleja en unos versos, bellísimos, que comienzan así:

Celui qui va goûter le sommeil sans aurore. (El que va a gozar del sueño sin aurora).

Para seguir enumerando las visiones que se suceden antes de que la carne desaparezca definitivamente y se evapore el alma. “Las visiones que atormentaban su cuna, el pasado perdido que renace; las montañas natales, los viejos tamarindos, los muertos queridos que le amaron en el tiempo de su juventud y que duermen allá, en las arenas marinas”.

Novalis en su inacabada novela, *Heinrich von Ofterdingen* habla del joven Heinrich, en constante búsqueda de aquella flor-azul que viera en su sueño y siempre añora. Colerige, a su vez, se pregunta: “¿Y si durmiera? ¿Y si en el sueño soñara? ¿Y si soñara que iba al cielo y allí escogía una extraña y hermosa flor? ¿Y, cuando despertara, tuviera la flor en la mano?”

La placidez acompañó también las últimas palabras de Sócrates. Durante su vida

pretendió que su alma “no se humedeciese” con las pasiones del cuerpo. Pensaba Heráclito que, un alma ascética se asemeja a las esencias inmortales.

Pretender recibir la muerte heroicamente, teatralmente, en un postrer gesto de vanidad, recuerda las pretenciosas palabras de Petrarca: “Ch’un bel morir tutte la vita onore”. (Una muerte ejemplar honra toda una vida).

En nuestros días sólo rara vez pueden darse estas aparatosas circunstancias, ya que se esconde a la muerte en clínicas y hospitales; sobreviene en el silencio de las unidades de cuidados intensivos, en cualquier aséptica y anónima UVI.

La sombra del alma.

Pero, el alma, ¿cómo es, cómo puede reconocerse?.

- “Yo nunca la he visto”, argumentaba, escéptico, un agnóstico aprendiz de cirujano a su maestro, el doctor Federico Rubio. Y éste le contestó, categórico:

- “Tampoco el oxígeno puede cogerse con una cuchara y, sin embargo, existe”.

Anécdota referida por Laín Entralgo y actualizada por Jostein Gaarder en el libro, *El mundo de Sofía*. Un astronauta dialoga con un neurólogo. “He estado en el espacio muchas veces pero no he visto ni a Dios ni a los ángeles”. A lo que replica el neurocirujano: “ Y yo he operado muchos cerebros inteligentes y nunca he visto un solo pensamiento”.

Nada nos dice Platón del ulterior destino del cadáver de su maestro. Presumiblemente no sería enterrado, pues tal costumbre funeraria dejó de practicarse en la Grecia del siglo IV. Anteriormente sí se daba sepultura a los muertos y, en la tierra que les cubría, se sembraban granos de trigo para que germinasen en doradas espigas y la muerte se transformara en vida.

La Muerte, *Thanatos*, era considerada hermana del Sueño, *Hypnos*. Se representaba escultóricamente por un agraciado adolescente que tenía un pie apoyado en una antorcha apagada.

Morir debe ser un tránsito apacible al más allá. Antaño las personas piadosas acostumbraban rezar cada noche, antes de dormirse, una oración a san José Bendito, para lograr tener una buena muerte. Ante la realidad ineludible de ésta, tal vez la mejor actitud sea la de no pensar en ella. Decía José Luis López Aranguren, filósofo ya muy viejo, recientemente fallecido, que, cada noche, antes de conciliar el sueño, sentía el desasosiego de tener que expirar. Pero cerraba los ojos enseguida y se ponía a dormir. Jesús Hermida, conocido presentador de TV, confiesa que le ocurre igual. Cuando el temor a la muerte nos invade, lo más indicado, dice una antigua copla española, "es echar la capa al suelo, tumbarse sobre ella y hartarse de dormir".

Porque dormir es un entrenamiento, una gimnasia preparatoria del sueño eterno. Para Littré el descanso diario es la imagen del descanso sin fin:

"Alta quies placidae que simillima mortis".

El insomnio, por el contrario, es una inútil rebeldía contra el vacío del desnacer. Una lucha infructuosa de la que fuera famoso protagonista Axel Munthe, el autor de *La historia de San Michèle*.

Sólo los niños y los hombres henchidos de fe, duermen profundamente. no les importa dormirse del todo.

¡Duerme para siempre, niño, que vas a ver

la Estrella polar en su gran palacio negro!

Cantaba Juan Ramón Jiménez a un niño imaginario.

"¡Perdéis el sueño, que desteje la intrincada trama del dolor, el sueño, descanso de toda fatiga; alimento el más dulce

que se sirve a la mesa de la vida!", hace decir Shakespeare a Macbeth:

"El sueño, la sal de la vida."

A Sócrates debieron incinerarlo. Lavarían su cuerpo yerto previamente, con agua tibia, le ungirían con aceites olorosos, le cubrirían con su manto y unas sábanas y le depositarían en unas andas. Estaría expuesto a la curiosidad pública unos días. Deudos y amigos arrojarían sobre el cadáver flores y hojas nuevas. Después, sería trasladado a una pira de leña para ser quemado. Se verterían en el fuego sustancias aromáticas. Y se escaparía, al fin, su alma como una *sombra*, entre las llamas, envuelta en una columna de humo. Ascendería a los Campos Elíseos, o al Hades. Las cenizas se guardarían luego, devotamente, en una urna.

Los discípulos divulgaron sus doctrinas filosóficas, jamás escritas. Tampoco Nuestro Señor Jesucristo escribió nunca nada. Fueron los apóstoles quienes dieron a conocer sus divinas palabras, más o menos fielmente. Las ideas de Sócrates, asimismo, no serían, sin duda, difundidas con toda exactitud.

Los seguidores del filósofo griego hicieron, también, esculpir bustos con la imagen terrena de su maestro. Se conservan algunas de estas hermes. una, muy realista, en Villa Albani, en Roma. Aparece Sócrates, calvo, ambas cejas enarcadas en un gesto de perplejidad, la gruesa nariz hundida grotescamente en su base, en forma de silla de montar. la boca oculta tras una espesa, rizada barba, que presu- mimos sería ya blanca.

La resurrección.

Muy distinta fue la suerte que corrió el cadáver de Nuestro Señor Jesucristo. El Cristo resucitó, según se lee en los Evangelios. En el de san Marcos, María la Magdalena, María la de Santiago y Salomé, no le hallaron en su sepultura cuando fueron a embalsamarle. Jesús se presen-

tó enseguida, vivo, a sus discípulos, varias veces, antes de volver definitivamente con el Padre; de Ascender al Cielo y sentarse a la diestra de Dios.

La *Resurrección* de Jesús es el dogma supremo, el gran milagro de nuestra religión. Que costó creer incluso a sus once discípulos.

Recientemente, se ha encontrado en una urna funeraria de hace unos 2.000 años, el nombre de *Yeshua*, Jesús, grabado en la piedra, la inscripción reza, *Yeshua bar Yehorat*, Jesús hijo de José. Y, a su lado, puede verse una pequeña incisión en forma de cruz.

Junto a esta urna, en la misma tumba, hallada en el barrio de Talpiot Este, a poco más de un kilómetro de Jerusalén, aparecieron otras, de la misma familia, con los nombres de *María*, *José*, *María*, *Matatitas*, y *Judas*, hijo de Jesús. La segunda María podría ser *Mara* o María Magdalena.

Todas estas urnas funerarias están almacenadas, desde 1980, en un Depósito de la dirección General de Antigüedades de Israel, sito en Romema, una barriada al Norte de Jerusalén.

Por aquellos años era costumbre generalizada, enterrar a los muertos y, al cabo de unos meses, recoger los huesos y meterlos en un pequeño osario. El presunto de Jesús tiene 65 cm. de largo, 25 de ancho y 35 de alto. Las tumbas de Talpiot fueron profanadas hace cientos de años y sus huesos desaparecieron también de sus osarios.

Los nombres inscritos en estas urnas eran muy comunes entre los judíos y, tal vez, no correspondan a la familia de Jesús. Pero, de ser ciertos, simbolizarían, aún más, la imagen de Jesús de Galilea como Hijo de Dios. Porque Dios sería ya, desde un principio, un misterioso fenómeno sideral, acorde con la ideología de finales del siglo XX; un *Dios Cósmico*. No reducible a la pequeña, aunque entrañable, figura humana que representa Jesucristo en la tradición judeocristiana.

El fantasma del suicidio.

La angustia vital puede arrastrar al suicidio. Poner fin, voluntariamente, a la vida es una trágica resolución que ya se contempla en la Mitología griega.

Locasta se ahorca al saber que se ha casado con su propio hijo, Edipo. Leukokas se arroja al mar desde una roca, para impedir que la viole Apolo. Dida se apuña-la en el funeral de su esposo.

Evoquemos los históricos suicidios de Demóstenes, Sócrates, Cleopatra, Séneca; Werther. Y los muy conocidos y contemporáneos de Ernest Hemingway, Judy Garland, Marilyn Monroe, Gerardo de Nerval, Kurt Cobain. Y, entre nosotros, los de Larra, Angel Ganivet, Juan Belmonte.

Todo suicida, dice Antonio Espina, es un cobarde. O un valiente. O las dos cosas a la vez. Según el individuo, la circunstancia, las reacciones psíquicas de cada cual.

Shakespeare concluye que, "es un hombre que no teme ya a la muerte".

Cada año se suicidan en los EE.UU. unas 30.000 personas. La mayoría son adultos jóvenes: otros muchos varones ancianos con una fuerte depresión, desencadenada por la enfermedad y la soledad.

Piensen, como Juvenal, *Mortes magis metuenda senectus*, que la vejez es más temible que la muerte. o que la enfermedad incurable. Así en varios casos nuestros, de enfermos que se suicidaron por creer, quizás erróneamente, que su mal no tenía solución médica alguna.

Tal vez el hombre pone fin a su vida "cuando los terrores de la vida sobrepasan los terrores de la muerte", arguye Rojas Marcos.

Muchos mortales sienten el fantasma del suicidio durmiendo con ellos, en la misma cama, pero no ceden a su llamada.

Hay suicidas teóricos que viven muchos años.

Para arribar a la estéril solución de quitarse la vida, es preciso poseer una

peculiar personalidad, configurada, seguramente, en los primeros años de la existencia; definida como un obstinado afán de autocastigo.

La esperanza, en la gran mayoría de los humanos, es la nota constante de su existencia. Porque vivir es una larga espera. Aunque sea una espera, objetivamente, absurda. Ni Leopardi, Sartre, Camus, Antonio Espina, decidieron suicidarse, aun en su derrota vital prosiguieron sus vidas, soñando poemas, escribiendo sugestivas obras literarias.

Tampoco se suicidó Nietzsche, pese a que por boca de Zarathustra, predicara el saber "morir a tiempo". La muerte voluntaria, el suicidio, para el filósofo alemán, sería lo más recomendable. Ser libre "para la muerte y libre en la muerte". Para que ésta no sea, "una blasfemia contra los hombres y contra la tierra". Ateo y enemigo acérrimo de los judíos, afirmaba: No hay que morir demasiado pronto, como "el hebreo Jesús", quien murió prematuramente, cuando aún estaba inmaduro. Hay que aprender a "morir a tiempo", lograr una muerte bienhechora, voluntaria, "aquella que llega hasta mí por que yo lo quiero".

Un manto de ternura.

Presentía el angustiado Unamuno que, el Cielo y el Infierno, están en los postres suspiros de nuestro paso por el mundo, en los últimos destellos de unas enloquecidas, resistentes, neuronas del hipotálamo.

Es pues un gesto humanitario ineludible rodear a los enfermos terminales, a punto de morir, de un ambiente apacible, de cariño, dulzura.

La doctora Elisabeth Kubler-Ross ha escrito algunos libros acerca de la atención espiritual que requieren estos moribundos. Hay que tratarlos con una gran dosis de comprensión. Hay que estar con ellos, no irse nunca de su lado. Cogerles de la mano, transmitirles en sus últimos

momentos la fuerza de nuestros sentimientos de afecto, amistad; amor.

Thèrese Schroeder, a su vez, cuenta que, después de sus clases de música, trabajaba a media jornada en un asilo de ancianos. Observó que aquellas vidas, sin sentido ya, faltas de cuidados psíquicos, padecían unas agonías hartamente penosas. Un sacerdote católico la recomendó conseguir crear, en torno a los agonizantes, un ambiente silencioso, protector, sereno. Thèrese hizo más. Un hombre muy viejo luchaba aterrorizado contra la muerte. No conseguía respirar. No llegaba el aire suficiente a sus corroídos pulmones. La muchacha se subió a la cama del moribundo, se colocó detrás de él, abrió sus piernas jóvenes y atrajo al anciano a su cálido regazo. Sostuvo aquél cuerpo derrotado contra su vientre. Lo cobijó en sus brazos, le contó al oído entrañables melodías, inolvidables canciones antiguas. El viejo comenzó enseguida a respirar con regularidad. Murió poco a poco, suavemente.

También muy recientemente Marie de Hennezel, una psicóloga y psicoanalista francesa, ha expuesto en su libro, *La muerte íntima*, idénticas teorías. Acompañar afectuosamente a los enfermos terminales (heridos por el cáncer, el sida, la esclerosis lateral amiotrófica), en una Unidad de Cuidados Paliativos, logra, asegura, unos resultados sorprendentes. Asumen todos estos pacientes la llegada, inmediata e irremediable, de la muerte, con una envidiable serenidad.

Así la asumió asimismo el fallecido Presidente de la República Francesa, François Mitterand. Quien ya se había convencido cuando su visita a la Unidad Piloto de Cuidados Paliativos a la que pertenece, como psicóloga, Marie de Hennezel en el Hospital del *Bon Secours* de París. Mitterand aceptó la realidad de su cáncer de próstata, su próxima finitud, como un momento culminante de su vida; en la confianza, profunda, íntima, de haber cumplido con su destino.

Paliativo deriva de la voz latina *pallium*, manto. Dice un sura del Corán:

“Que la ternura te recubra a ti, mi semejante, como un manto”.

Marie de Hennezel prodiga su ternura, su cariño, a los enfermos terminales. Se sienta al borde de sus camas, les habla afectuosamente, estrecha sus manos con las de ellos, acaricia sus rostros macilentos, besa sus ojos asustados, da masajes en las partes de sus cuerpos que les hacen sufrir más. Practica, en fin la *haptomanía*, el acercamiento táctil afectivo. (de *hapto*, del griego tocar, tomar contacto, entrar en relación; y *nomos*, las reglas de esta relación táctil). Una técnica que ha descrito Frans Veldman.

Que enriquece y complementa Marie con charlas filosóficas; y plegarias. Se acurruca, además, contra estos pacientes, los abraza, los acuna. Y les hace escuchar músicas sacras: el *Ave Maria* de Schubert, el *Requiem* de Fauré.

La piel del cuerpo humano tiene una muy extensa superficie y esconde su textura imborrables sensaciones placenteras.

Los baños de agua tibia alivian también mucho los sufrimientos físicos y psíquicos de estos enfermos. Recordemos el contento con que los recibían, una vez a la semana, los pobres enfermos cancerosos de *Pabellón de cáncer*, la novela de Alexander Solschenizyn.

Según una creencia budista la repetición, sistemática, en alta voz, de la sílaba OM, origina la formación de endorfinas, hace desaparecer los dolores. Otra práctica tibetana es el denominado principio de la compasión, el *tonglen*, el “dar y regalar”.

Parecidas recomendaciones, del humano tratamiento psicoterápico de los enfermos terminales, las hallamos en más libros: *La experiencia de la muerte*, de Maurice Zundel; *Travail de trepás. De l'art de la mort*, de Michel M'uzan...

La mayor soledad de los moribundos estriba(rememoremos la penosa agonía de

Ivan Ilich, el personaje creado por León Tolstói), en no poder comunicar a sus seres queridos *que van a morir*. La angustiosa imposibilidad de no lograr vivir la propia muerte como como *sujeto*, no como paciente. Las prácticas paliativas consiguen que la persona, la *máscara*, al decir del vocablo latino, tenga fructífera y plena conciencia de su tránsito a otra dimensión.

El espiritismo

En la incesante y azarosa búsqueda de pruebas irrefutables que demuestren la existencia eterna del alma, se han encontrado los hombres con unos fenómenos psíquicos, transmitidos por *mediums*, y de otros también paranormales o, tal vez, parakinéticos, que corresponderían a manifestaciones de los espíritus. Surgió así la doctrina *espiritista*. Una doctrina ocultista muy antigua. Ya en la Biblia, en el *Libro Primero de Samuel*, Saúl, rey de Israel, consulta a una mujer de Endor, que se dedica a la nigromancia, al arte de invocar a los muertos, para que le advinieren el futuro.

Mas, hasta 1847 no aparecen, arrolladoras, estas doctrinas y se expanden por todo el orbe civilizado. En una casa destartalada de Hyderville, un pueblo cercano a Nueva York, las hermanas Catherine y Margaret Fox, oyeron unos ruidos inexplicables. Un perspicaz vecino ideó un alfabeto y pudieron recibirse varios turbadores mensajes de personas fallecidas. Pocos años después había ya en el mundo quince millones de espiritistas y se prodigaban por doquier las sesiones de espiritismo en las que se convocaba a los espíritus a través de los *mediums*, mujeres casi siempre, dotadas de una misteriosa sensibilidad. Se registraban también en estas sesiones, traslación de objetos, mesas giratorias, fenómenos de levitación, lápices acoplados a cestitas móviles que escribían, vertiginosamente, letras, frases,

discursos enteros, con la ayuda, claro está, de los *mediums* y, en épocas más recientes, se percibían voces de "ultratumba", las denominadas *psicofonías*, dadas a conocer por Jünger; los retratos de fallecidos, las *psicoimágenes* descubiertas por Schreiber; los rostros de espíritus reflejados en las pantallas de televisión, de vídeos. Mensajes todos de ultratumba, recibidos, asimismo, telefónicamente o por ordenadores. *Transcomunicaciones* con los espíritus afines. Y, una muy sorprendente parafernalia visual, de ectoplasmas, añadida. Una extraña combinación de picaresca, ignorancia y alucinaciones.

El apóstol supremo del espiritismo fue Allan Kardec, un francés nacido en Lyon en 1803. Se llamaba en realidad León Hippolite Denizart Rivail. El seudónimo de Kardec correspondía al espíritu de un sacerdote druida, que se puso en comunicación con Rivail y le ordenó fundar una secta inspirada en las verdades evangélicas. Le dictó sus órdenes a través de dos mujeres *mediums* según refiere Hom, mediante *escritura automática*.

Existirían, al decir de Kardec; tres categorías de espíritus; los imperfectos, los buenos y los puros. Unidos entre sí por una serie de sucesivas reencarnaciones realizadas en la especie humana, que tuvieron lugar antes de nuestros nacimiento y continuarán acaeciendo después de nuestra muerte, hasta que alcancemos la perfección espiritual.

Es pues, una doctrina rica en esperanzas y consuelos, mas, que no tiene fundamento científico alguno, ni una decidida aprobación religiosa. Pero que seduce, sin embargo, a millones de personalidades psicóticas. A "monomaniacos y alucinados", como afirmaba don Marcelino Menéndez Pelayo.

Una y otra vez vamos a tropezarnos con el desmesurado, aunque lógico anhelo humano, de querer ser inmortal. Anhelo que, en nuestros días, en el ocaso de la antigua fe religiosa, hace buscar a los hombres datos científicos que avalen la

existencia de un más allá.

Pero mientras llega este momento, la tumba de Allan Kardec, en el cementerio del Père Lachaise de París, aparece, diariamente, cubierta de flores.

Una flor azul

Si, desde hace una treintena de años se pretende demostrar científicamente la realidad de una existencia ultraterrena. Certeza que, hasta ahora, es solamente un dogma de fe.

Teoriza Martín Heidegger que, "existir es estar en el tiempo para llegar a ser". Primero se existe, luego se es. Únicamente al morir alcanzamos el verdadero yo. La muerte sería nuestro triunfo personal, la transición a una forma de vida diferente. Hay que saber morir, pues, con serenidad.

Según Raymond Modd las personas que retornan a la existencia terrena, luego de haberse asomado, por el inquietante y famoso túnel, a las fronteras de la muerte, notan dolor, disgusto, tristeza, por ser devueltos a las miserias del cuerpo. Tan felices se hallaban en el más allá.

La muerte física es inevitable. Todo muere un día; los astros, los continentes, las montañas. Los árboles. También se muere el mar, lloraba Pablo Neruda.

La muerte es una "vulgaridad", escribe, displicente, Camilo José Cela, quien se burla de ella, "pero no de la manera de morir".

Todo muere. Se transforma. Resucita de alguna manera. Es el ciclo milagroso del carbono. Y, todos nos reencarnamos sin tener que recurrir a la metempsicosis, a esotéricas hipótesis budistas, hindúes, espiritistas, atestiguaba el padre Oliver, C. R., desaparecido tan inesperadamente. Nos reencarnamos en nosotros mismos. Hemos pasado, cada uno, a lo largo de la vida, por diversas muertes. La del niño juguete que fuimos a los siete años. La

del adolescente de dieciseis, anhelante de promesas metafísicas. La del joven de veintitrés recién abierto al amor. Termina inexorablemente el rito de la vida. Y comienza una existencia distinta, como enseña Pablo en los Evangelios. Saulo, Pablo de Tarso, el apóstol tardío, que tanto creyó en el mensaje del Cristo.

Sería hipócrita silenciar las doctrinas que se apartan de las creencias religiosas. Severo Ochoa de Albornoz, nuestro inolvidable premio Nobel, manifestaba, de continuo, su pesimismo existencial. La vida era para él, y para don Santiago Ramón y Cajal, simplemente una sucesión de fenómenos físicos y químicos. La muerte sería, "un espejo roto".(*)

- "Voy a dormir, fueron las últimas palabras que pronunció don Severo Ochoa. Se las dijo a un matrimonio amigo, aquel atardecer de un lunes lluvioso de noviembre, de 1993, desde la cama de la habitación 5C de la Clínica de la Concepción de Madrid.

Ya muerto, en Luarca, la coral Villa Blanca cantó ante el féretro, *Peregrinos de la Noche*. Después sus restos mortales fueron enterrados junto a los de su madre, sus tres hermanas, su esposa bienamada Carmen García Covián. Unidos para siempre, los seis, "al agua pura y a los planetas". En el camposanto asturiano de la Atalaya, uno de los más bellos del mundo.

En todas estas expresiones, ateas, agnósticas, materialistas, vemos latir,

(*) De la misma opinión es otro premio Nobel de Medicina, Jean Dausset.

También en la literatura hispana se encuentran obras de autores muy incrédulos. Por ejemplo en la novela *El árbol de la ciencia* de Pío Baroja. Su protagonista, Andrés Hurtado, afirma, anticlerical:

- "Si todo esto del alma es una pampolina. Son cosas inventadas por los curas para sacar dinero".

Y, añade a continuación, envidioso tal vez, a su amigo Antonio Lamela:

- "Te has fabricado el más cómodo de los mundos".

soterrada, la tácita esperanza de que la muerte sea el gran paso que nos conduzca a una dimensión anímica diferente.

Y, una y otra vez, nos encontramos con que la única cura del desasosiego que nos produce la certeza de tener que morir, es la esperanza que nos ofrece la fe religiosa. El turbador milagro de poder creer en las luminosas palabras de Amor Eterno de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios del Nuevo Testamento; un texto sagrado, manipulado, tal vez, por Anastasio y sus seguidores.

La misericordiosa solución cristiana que nos obliga a tener una fe casi mística, *subjetiva*, personal. Trascendente.

En los liberados tiempos actuales ha desaparecido la belicosa imagen antropomórfica, contradictoria, de un Dios Padre omnisciente; infinitamente bueno. Y harto vengativo a un tiempo. Un Dios que, cada día, está más lejos de todos nosotros. Que tal vez muriera, para muchos judíos, no en el Gólgota, sino en los campos de concentración nazis de Auchwitz y Buchenwald, durante el Holocausto. Así cuando, según confiesa el premio Nobel de la Paz Elise Wiesel, en su obra *Night*, vio el humo negro que salía en espiral hacia el cielo desde el horno crematorio donde habían metido los cuerpos de su madre y de su hermana. Y, luego al ver ahorcar por soldados de las SS a un niño, "un ángel de ojos tristes", ante miles de horrorizados prisioneros. Tardó el niño en morir más de media hora.

Estamos, pues, muy lejos aún de conocer *objetiva*, científicamente, a Dios. A ese Agente Inteligente intuido por Newton. Y por Spinoza. Poderoso, eterno, infinito. Que rige y supervisa, con precisas e inmutables leyes, el inmenso Espacio Vacío del Universo, del que hiciera surgir, tras una gigantesca explosión, millones de estrellas, soles, planetas, cometas. (Un Dios al que intentan descubrir, históricamente, dos libros recientes; *Una historia de Dios*, de Karen Armstrong, y, *Dios, una biografía*, de Jack Miles).

Sólo nos queda, todavía, acoger humildemente, en el seno oscuro de nuestro subconsciente, el mensaje íntimo de Su misteriosa presencia metafísica.

Escribió Kierkegaard: "Si puedo entender a Dios *objetivamente*, no creo". "Pero precisamente porque no puedo, por esto, tengo que creer".

Se rezaba, con temeroso afán en la

Edad Media: *Credo quia absurdus*. (Creo porque es absurdo).

Por súbita, benigna, cruel, esperada o imprevista que sea la Muerte, es siempre, soñamos, queremos creer, absurdamente, un dormir esperanzado. El encuentro, al fin, con una muy lejana y enigmática flor azul. La mítica ofrenda de un Dios Cósmico inimaginable.

Bibliografía

Armstrong, K.; *Una historia de Dios*. Circulo de Lectores, S. A. Barcelona, 1996.

Cela, J. C.; *Desde el palomar de Hita*. Plaza y Janés, editores, S. A. Barcelona, 1991.

Gaarder, J.; *El mundo de Sofía*. Ediciones Siruela. Madrid 1994.

Gener, P.; *La muerte y el diablo*. 2 tomos. Biblioteca Contemporánea. Editorial Atianata. Barcelona, 1883.

Hennezel, M. de; *La muerte íntima*. Plaza y Janés, Editores, S. A. Barcelona 1996.

Jong, E.; *Miedo a volar*. Editorial Noguer, S. A. Barcelona 1979.

Kardec, A.; *El libro de los espíritus*. Instituto de difusão espírita. Caracas, 1984.

Kübler-Ross, E.; *Morir es de vital importancia*. Ediciones Luciérnaga, S. L. Barcelona 1984.

Lain Entralgo, P.; *Alma, cuerpo, persona*. Galaxia Gutemberg. Círculo de Lectores, 1994.

Machado, A.; *Poesías completas*. Selecciones Austral, Espasa Calpe, S. A. Madrid 1987.

Miles, J.; Dios, *Una biografía*. Planeta. 1996.

Nietzsche, F.; *Así habló Zarathustra*. Planeta-Agostini, 1992.

Novoa Santos, R.; *Patografía de Santa Teresa de Jesús y el instinto de la muerte*. Javier Morata, editor. Madrid 1932.

Nulano, S. B.; *Cómo morimos*. Alianza Editorial. Madrid, 1995.

Rojas Marcos, L.; *Las semillas de la violencia*. Espasa Calpe, Madrid, 1995.

Sánchez Vidal, A.; *Miguel Hernández, desmascarado y regresado*. Editorial Planeta, Barcelona, 1992.

Shakespeare, W.; *Dramas*. Biblioteca de Arte y Letras. Barcelona 1980.

Solzhenistyn, A.; *Pabellón de Cáncer*. Círculo de Lectores, 1973.

Unamuno, M. de; *San Manuel Bueno, mártir y tres historias más*. Ediciones Orbis, S. A. Barcelona, 1982.

Unamuno, M. de; *Antología poética*. Colección Austral. Espasa Calpe, S. A. Madrid 1962.

Voltaire; *Cándido o el optimismo*. Ediciones de libros raros y antiguos, S. A. Tomo II. Círculo del Bibliófilo. Barcelona, 1976.